

Llegamos á los misterios inefables de la gracia. Va á desenvolverse ante nuestros ojos todo el sistema de educacion ó más bien, deificacion llevada á cabo por el Espíritu Santo para conducir al cristiano hasta la semejanza perfecta con su hermano mayor, el Verbo hecho carne. Este magnífico sistema comprende los sacramentos, las virtudes, los dones, las bienaventuranzas y los frutos. Estos medios de conservacion y deificacion, dispuestos con admirable sabiduría, se suceden, se encadenan, se prestan mútuo concurso, y convierten el desarrollo del cristiano en la obra maestra del Espíritu Santo, en su obra peculiar, ó como dice San Pablo, la construccion de Dios: "Dei ædificatio estis."

Y primeramente, no basta tener vida; es menester conservarla y desarrollarla: este es el fin de los sacramentos. "Los sacramentos de la nueva ley, dice Santo Tomás, han sido instituidos para dos fines; para curar las enfermedades del alma, y para darle la fuerza con que pueda hacer los actos de la vida cristiana. Indudablemente la gracia, considerada en general, perfecciona la esencia del alma dándole cierta semejanza con el sér divino. Pero de la esencia del alma se derivan sus potencias; de donde resulta que perfeccionando la esencia del alma, la gracia comunica nuevas perfecciones á las potencias. Estas perfecciones, llamadas virtudes y dones, las hacen capaces de sus funciones particulares; mas esto no basta.

"Hay en la vida cristiana ciertos actos especiales, para los que se necesita un efecto particular de la gracia. Por estos actos especiales se han establecido los sacramentos, á fin de comunicar al cristiano el auxilio particular que necesita para ejecutarlos. Por esto al modo que las virtudes y los dones añaden algo á la gracia, considerada en general, así la gracia sacramental añade á la gracia, considerada en

general, y á las virtudes y los dones una fuerza divina relativa á cada uno de los sacramentos (1)."

Los sacramentos han sido instituidos para curar las enfermedades del alma: ¿pero cómo producen este efecto? El Bautismo se instituyó contra la falta de vida divina; la Confirmacion contra la debilidad natural de los niños; la Eucaristía contra las malas inclinaciones del corazon; la Penitencia contra el pecado mortal, ó la pérdida de la vida divina; la Extremauncion contra las reliquias del pecado y las enfermedades del alma; el Orden contra la ignorancia y la disolucion de la sociedad cristiana; el Matrimonio contra la concupiscencia personal y contra la extincion de la Iglesia, que seria la desaparicion de la vida divina sobre la tierra (2). He ahí el conjunto más completo de remedios preservativos y curativos de todas las enfermedades del alma, inclusa la muerte misma. ¿Quién los concibió? ¿Quién los estableció? ¿Quién les dió la eficacia? El Espíritu Santo.

Esto no es todavía sino la mitad de la obra. Falta desarrollar la vida divina. La vida sobrenatural; lo mismo que la natural, se desenvuelve con los actos. ¿Cuáles son, pues, los actos especiales de la vida cristiana para los que es indispensable la gracia de los sacramentos? En virtud de la uniformidad admirable que reina entre el órden espiritual

1. Sacramenta novæ legis ad duo ordinantur, videlicet: ad remedium contra peccatum et ad perficiendam animam in his que pertinent ad cultum Dei secundum ritum christianæ vitæ. III p. q. 63, art. 1.—Ita gratia sacramentalis addit super gratiam communiter dictam et super virtutes et dona, quoddam divinum auxilium ad consequendum sacramenti finem. *Id.*, art. 2.

2. Baptismus est directe contra culpam originalem; pœnitentia, contra culpam actualem mortalem; extrema unctio, contra culpam venialem; ordo, contra ignorantiam; matrimonium, contra concupiscentiam; eucharistia, contra malitiam; confirmatio, contra infirmitatem. *Conc. Vaur.*, 1368, c. 1, *S. Th.*, III p., q. 65, art. 1.

y el material, esos actos son siete y corresponden á otros tantos actos análogos de la vida corporal. En el orden natural, es menester que el hombre nazca, se fortalezca, se alimente, se cure, conserve la salud, y se haga miembro de la sociedad, ora para regirla, ora para conservarla.

Del propio modo, en el orden sobrenatural es necesario que el cristiano viva como hijo de Dios. La gracia propia del Bautismo le da el nacimiento divino y el espíritu del cristianismo. "La misericordia de Dios, dice el Apóstol, nos hizo salvos por el lavatorio de la regeneracion y renovacion del Espíritu Santo, que derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo Nuestro Salvador (1).

Es menester que adquiera las fuerzas convenientes para soportar el trabajo del deber y sostener los combates de la virtud. La Confirmacion le comunica el Espíritu Santo como principio de fortaleza. Por eso Nuestro Señor dijo á sus discípulos, despues de bautizados: "Os enviaré el Espíritu prometido por el Padre. Permaneced, pues, en la ciudad, hasta que seais revestidos de la virtud de lo alto (2)."

Es menester que se alimente con un alimento proporcionado á su vida divina. Este alimento se lo da la Eucaristía. "Yo soy el pan vivo que bajé del cielo, dice el Verbo encarnado. Si no comiereis la carne del Hijo del hombre y no bebiereis su sangre, no tendreis vida en vosotros (3)."

Nacer, crecer y conservar la vida seria bastante para el hombre, si corporal y espiritualmente tuviera una vida impasible. Pero como está sujeto á enfermedades graves y frecuentes, necesita de remedios. Si pierde la salud, se la devuelve la Penitencia, segun aquellas palabras: "Sana mi al-

1. *Ad Tit.* III, 5-6.
2. *Luc.*, XXIV, 49.
3. *Joan.*, VI, 51-54.

ma; que pequé contra Ti.—A quienes perdonaréis sus pecados, les son perdonados (1)."

Cuando le faltan las fuerzas por las dolencias y enfermedades, las recobra por la Extremauncion. Este sacramento purifica al hombre de las reliquias del pecado, lo fortalece para el postrer combate y lo prepara para entrar en la gloria eterna. "Si alguno de vosotros está enfermo, dice Santiago, llame á los presbíteros de la Iglesia; y estos orarán sobre él ungiéndole con óleo en el nombre del Señor, y la oracion de la fé salvará al enfermo, y el Señor lo aliviará, y si tiene pecados se le perdonarán. (c. V, 14)."

En los cinco primeros sacramentos encuentra el cristiano todos los auxilios necesarios para los actos de la vida individual. Pero como es un sér social, se necesita que cumpla con los deberes de la sociedad á que pertenece. Los medios para esto se les proporcionan los dos últimos sacramentos. Toda sociedad necesita dos cosas, direccion y conservacion. Es menester en primer lugar, que haya hombres públicos encargados de dirigir á los demás. El sacramento del orden da ministros á la Iglesia y guías á los fieles. "Todo pontífice, dice el Apóstol hablando de todos los sacerdotes, es tomado de entre los hombres, y á favor de los hombres es puesto en las cosas que tocan á Dios, para que ofrezca dones y sacrificios por los pecados, y se pueda condoler de los que ignoran y yerran, y debe por el pueblo y por sí mismo ofrecer por los pecados (2)."

Es menester que haya familia para perpetuar la sociedad. El sacramento del Matrimonio, consagrando la union de los esposos, les suministra las gracias necesarias para que llenen cristianamente sus deberes, perpetúen la Iglesia y pue-

1. *Ps.* 40 — *Joan.*, XX, 23.
2. *Hebr.*, V, 1, 2.

blen el cielo. Por esto dice San Pablo: "El matrimonio es un sacramento grande en Jesucristo y la Iglesia (1)."

Por lo dicho hasta aquí, se ve juntamente la razón de ser de cada sacramento y el lugar que ocupa en el plan de nuestro desarrollo divino. Lo mismo que el Bautismo, todos los demás nos comunican la gracia, y consiguientemente el Espíritu Santo, que no se puede separar de ella; pero esta comunicación tiene en cada sacramento un fin especial, en relación con las necesidades de nuestra vida espiritual. De donde resulta, que por medio de la gracia multiforme de los sacramentos, el Espíritu Santo da al cristiano la vida divina con los medios de conservarla y hacer actos propios de la misma. Así se cumple la primera parte de la misión del Verbo encarnado, que decía: "He venido para que tengan vida: "Ego veni ut vitam habeant."

¿Cómo se cumple la segunda, que es: "y para que la tengan en mayor abundancia, et ut abundantius habeant? Escrito está que el Hijo único de Dios crecía en edad y en sabiduría delante de Dios y de los hombres: el cristiano, su hermano, debe seguir el mismo progreso. En el plan divino, el desarrollo de las gracias debe adelantar gradualmente hasta consumarse en la vida de la gloria: "gratia inchoatio gloriae." Ni allí tampoco se estacionará; por el contrario, se elevará incesantemente de perfección en perfección, de una dicha en otra, durante siglos y siglos. ¿Por qué medios procura el Espíritu vivificador estas ascensiones del tiempo, que preludian las de la eternidad? Activando el germen de vida que ha infundido en nosotros, de modo que dé de sí todo lo que puede dar. Pues bien, ya lo hemos visto, la gracia es un principio divino que obra sobre la esencia misma del alma y sobre todas sus potencias, principio de fuerza y

1. Eph., v. 32. Et S. Th., III, p., q. 65, art. 1.

fecundidad incalculables, que produce en el hombre efectos múltiples, sobrehumanos, teándricos.

La gracia se divide en dos grandes especies, correspondientes á los destinos del hombre. El cristiano no es un ser aislado, sino social: más social, si cabe decirlo así, que los otros hombres; puesto que pertenece á la sociedad universal, cuyo objeto es hacer de todo el género humano un solo pueblo de hermanos. Indudablemente, debe trabajar en su santificación personal, y esta es la primera ley de su existencia. Pero como hijo de la Iglesia deberá trabajar también, dentro de los límites de su vocación, por la gloria de su madre, ó sea, en la santificación de sus hermanos: es otra ley, á que no puede sustraerse. Ley tan imperiosa, que todo hombre, haga lo que haga, tiene que ser necesariamente *medium*, *medium* del Verbo santificador, ó *medium* de Satanás corruptor. De aquí provienen las dos clases de gracia, ó dos aplicaciones de la gracia, gracia santificante y gracia gratis dada.

Sobre este principio fundamental oigamos al Ángel de las escuelas. "Todas las obras de Dios están fundadas en el orden; y es una ley del orden universal, que ciertas criaturas sean dirigidas á Dios por medio de otras. Ordenándose la gracia á llevar el hombre á Dios, sigue las leyes del orden, esto es, vuelve algunos hombres á Dios mediante otros hombres. Por esto hay dos especies de gracia. La primera, que une el hombre á Dios, se llama "gratia gratum faciens;" porque nos hace agradables á Dios. La segunda, por medio de la cual el hombre ayuda á su hermano á ir á Dios, se llama "gratia gratis data;" porque no se ordena á la santificación personal del que la recibe, ni se le da por sus méritos (1)."

1. Secundum hoc igitur duplex est gratia. Una quidem, per
TOM. II 36

De ese manantial único de la gracia, dividido en dos rios inagotables, salen todas las maravillas del mundo cristiano, maravillas de virtudes privadas que no tienen más testigos que á Dios y los ángeles; maravillas de virtudes ruidosas que se hacen admirar del género humano entero: virtudes privadas, brillante familia de perfecciones que completándose las unas á las otras, conducen al cristiano hasta el más alto punto de semejanza con Dios (1); virtudes públicas, que hacen brillar en la frente de la Iglesia el sello incommunicable de la verdad; virtudes públicas y privadas, de que vive, sin saberlo, el mundo mismo, que vive del Espíritu Santo y solo de El. Presentemos en pequeño el cuadro de todas estas maravillas. A un golpe de vista nos hará ver el conjunto de los elementos que entran en nuestra generacion divina y el orden perfecto que guardan entre sí.

Dice el conde de Maistre, que el cuerpo humano es más admirable en la losa de diseccion que en las más bellas actitudes de la vida. Lo mismo puede decirse del cristiano. La anatomía de esta grande obra del Espíritu Santo revela mejor que todo su admirable hermosura; porque pone de manifiesto en sus operaciones misteriosas la sabiduría del obrero divino que lo ha formado.

He aquí, pues, un ensayo de autopsia católica, hecho en conformidad con los maestros de la ciencia; ó si se quiere, he aquí la indicacion de los grados de la escala misteriosa por donde el hombre sube de la tierra al cielo, y de hijo de Adán se hace hijo de Dios.

El Espíritu Santo comunica al alma la vida sobrenatu-

quam ipse homo Deo conjungitur, quæ vocatur gratia gratum faciens. Alia vero, per quam unus homo cooperatur alteri ad hoc quod ad Deum reducat. I, 2, q. III, art. 1.

1. *Conc. Trid.*, sess. vi c. 7.

ral por el Bautismo; por los otros sacramentos la fortalece y conserva.

Pero así como el grano de trigo no se envuelve en la tierra sino para que brote en espigas, del mismo modo el elemento sobrenatural no se infunde en el alma sino para que se manifieste por medio de hábitos sobrenaturales que se llaman virtudes. Las virtudes son siete, como los sacramentos; tres teologales y cuatro cardinales.

A las virtudes se agregan los dones; que como inspiraciones permanentes del Espíritu Santo perfeccionan las virtudes, comunicándoles un nuevo impulso, una energía más sostenida, una tendencia más elevada. Son también siete, y forman, dice un concilio, las siete grandes santificaciones del cristiano (1).

Con la ayuda de estos medios poderosos, el cristiano se encuentra en estado de creer, como conviene, los artículos del Símbolo y de practicar, como se debe, los preceptos del decálogo, lo que es el fin de la vida y principio de la gloria. Advirtamos de paso con el concilio citado, que el Símbolo se divide naturalmente en siete artículos relativos á la Santísima Trinidad y otros siete que se refieren al Hijo de Dios hecho hombre. Igualmente, los diez preceptos del decálogo dicen relacion á las siete virtudes, teologales y cardinales.

Cuando el cristiano ha llegado á la perfeccion de la vida divina, lo que resta es que persevere en ella. Mas esto no puede conseguirlo por sí solo. Su debilidad natural, junto con los ataques incesantes de sus enemigos, le exponen continuamente al peligro de un fracaso. Pero la gracia que hemos visto manifestarse en las virtudes y los dones, se manifiesta aquí en oraciones. Las siete peticiones de la oracion

1. Hæc dona, juxta sacras scripturas, consimiliter septem esse asserimus, quasi septem sanctificationes fidelium mentium. *Conc. Vaur.*, c. 1.

dominical corresponden á los siete dones del Espíritu Santo. Cuantas veces repetimos esta adorable oracion, pedimos la conservacion y acrecentamiento de esos dones divinos; y para hacerla más eficaz, el mismo Espíritu Santo la dice en el alma del cristiano con gemidos inefables.

Los siete dones del Espíritu Santo, conservados y vigorizados por la oracion, se convierten en las manos del cristiano en armas de precision contra sus enemigos. Satanás nos ataca con siete armas que se llaman los siete pecados capitales. Los siete dones del Espíritu Santo son su oposicion adecuada.

El cristiano, librando valientemente los nobles combates de la virtud, se mantiene en el orden. El orden lo proporciona la paz con Dios, con sus hermanos y consigo mismo. De esta paz nacen las siete *bienaventuranzas*.

En fin, los buenos trabajos dan fruto glorioso, como dice la Escritura: *Bonorum enim laborum gloriosus est fructus* (1). Y como no hay mejores trabajos que los que se llevan á cabo en el vasto campo de la vida espiritual, corresponden á estos nobles trabajos los doce frutos del Espíritu Santo. El alma feliz que de estos frutos deliciosos se alimenta, cata ya en el mundo aquel otro fruto que los comprende á todos, el fruto de la vida eterna: *Fructus in vitam æternam*.

Viene el fin del tiempo; y el cristiano deificado por el Espíritu Santo, entra en posesion de ese fruto incomparable, cuya vista, cuyo gusto, cuyo goce, lo inundará en delicias indecibles; porque ese fruto será Dios mismo, visto, saboreado, poseido sin temor por un amor sin límites (2).

1. *Sap.*, III, 15.

2. Aquí llamamos solamente la atencion sobre la repeticion frecuente del número siete en los elementos de nuestra santificacion. Más adelante procuraremos explicar esta repeticion miste-

No obstante, hasta aquí conocemos solamente los efectos de la gracia *santificante*, principio de la deificacion personal del cristiano. Para dar una idea completa de los tesoros que el Espíritu Santo reparte en el alma bautizada, debemos mostrar además los efectos de las gracias *gratis dadas*. Repetimos que el cristiano, ser social é hijo de la Iglesia, debe trabajar por la gloria de su madre y en la justificacion de sus hermanos. Para esto son indispensables tres cosas; conocer á fondo las verdades cristianas, para instruir á las demás; estar en disposicion de probarlas, sin lo cual la enseñanza seria ineficaz; tener talento para explicarlas, para que se reciba con gusto la doctrina (1).

Tales son los efectos de la gracia gráti dada. Como el fin comprende los medios; así abarcan el conjunto de los dones exteriores enumerados por San Pablo. "A cada uno dice, se le da la manifestacion del Espíritu para utilidad de los otros. A uno el discurso de la sabiduría; á otro el discurso de la ciencia; á otro fe; á otro gracia de sanidades; á otro operacion de virtudes; á otro profecía, á otro discrecion de espíritus; á otro diferente género de lenguas; á otro interpretacion de palabras (2)."

Estos dones comunes á todos los cristianos, porque *toriosa. Articuli Symboli pertinentes ad deitatem sunt septem. . . . Articuli autem ad naturam á Filio Dei assumptam, sunt septem. . . . Virtutes theologicæ cum cardinalibus, totidem. Sacramenta Ecclesiæ totidem. Dona Spiritus Sancti, totidem. Petitiones in dominica oratione contentæ, totidem. Beatitudines, totidem. Vitiæ capitalia, totidem Conc. Vaur, c. 1.*—Sobre el número doce, que marca los frutos del Espíritu Santo, hay que notar dos cosas: la primera es, que en la Escritura Santa el número doce indica la perfeccion absoluta. La segunda es, que como cada don tiene varios actos, el número de los frutos excede necesariamente al de los dones. Citemos solo un ejemplo: del don de piedad nacen las siete obras corporales de misericordia y las siete espirituales, lo que constituye la perfeccion de la caridad.

1. *S. Th.* I, 2, q. 111, art. 4.

2. *I Cor.*, XII, 7, 10.

dos deben trabajar en la salvacion de sus hermanos, les son comunicados en proporciones diferentes; segun la vocacion de cada uno. Primeramente el don de enseñar la verdad, el cual supone un conocimiento de la religion, superior al que basta para la salvacion. De aquí es la fé, es decir, una vision clara, al mismo tiempo que una certidumbre inquebrantable de las cosas invisibles, principio de la enseñanza católica. Además, es necesario conocer las principales consecuencias de estos principios. De aquí el discurso de la sabiduría, que consiste en el conocimiento extenso de las cosas divinas. Todavía se necesita poseer un gran repertorio de hechos y ejemplos, con frecuencia necesarios para demostrar las causas. De aquí el discurso de la ciencia, que consiste en el conocimiento de las cosas humanas, atendido á que el mundo invisible se revela á nuestros ojos por el mundo visible.

Viene en seguida el don de probar. La prueba de la doctrina enseñada se hace por el racionio en las cosas que bajo el dominio de la razon, mientras que en las cosas del órden sobrenatural se hace por los medios reservados al poder divino. Estos medios son los milagros ó las profecías. Devolver la salud á los enfermos y la vida á los muertos, contrariando todas las leyes de la naturaleza, es un milagro. De aquí la gracia de sanidades. Manifestar el poder omnipotente de Dios, deteniendo el sol, por ejemplo, ó dividiendo las aguas del mar, es un milagro. De aquí la operacion de virtudes. A estas pruebas de la omnipotencia de Dios sobre el mundo material, hay que añadir algunas veces la pruebas del conocimiento infinito que tiene del mundo moral. De aquí la gracia de la profecía, que es el conocimiento de los futuros contingentes. De aquí tambien la gracia de la discrecion de espíritus que es el conocimiento de los secretos más íntimos del corazon.

En fin, el don de comunicar. Puede este ser considerado bajo dos aspectos; primero, desde el punto de vista de la lengua que debe hablar el doctor de la verdad y el modo como debe hablarla. De aquí el don de lenguas y la gracia del discurso: Segundo: desde el punto de vista del sentido de las cosas que debe decir. De aquí la gracia de la interpretacion de palabras, que enseña la verdadera significacion de las voces de una lengua extraña (1).

Tal es el cuadro compendiado de la formacion del cristiano por el Espíritu Santo. Ahora preguntamos al filósofo, sea el que sea, si ha encontrado jamás en sus investigaciones ni consebido nunca en sus meditaciones nada tan magnífico, tan completo y mejor relacionado que este conjunto de medios, por los cuales el principio divino se desenvuelve en cada uno de nosotros y nosotros mismos lo desenvolvemos en los demás, hasta llegar á la medida del Verbo encarnado en su edad perfecta. Cuando se reflexiona que, á pesar de todas estas perfecciones, el cristiano no es, aquí bajo, mas que un Dios incoado, ¿qué lengua podrá decir sns glorias, cuando sea en el cielo un Dios consumado? "Carísimos, escribe San Juan, ahora somos hijos de Dios; y no aparece aún lo que habemos de ser. Sabemos que cuando El apareciere, seremos semejantes á El (1)."

Para apreciar, cual conviene, un soberbio edificio, no basta conocer los ricos materiales de que está compuesto, es necesario saber en qué proporciones, con qué arte y segun qué cálculos ha sido levantado. Acabamos de enumerar los elementos que entran en la formacion del cristiano ó, por usar una figura de los libros santos, los materiales empleados por el Espíritu Santo en la construccion de su templo vivo. Pero esto no es sino una parte de las maravi.

1. Véase *S. Th.*, 1. 2, q. III, art. 4,

1. *I Ep.*, III, 2.—*Id.*, *Ev.* XXII, 20.

llas que debemos admirar. Para conocerlas todas, se hace preciso estudiar las matemáticas divinas, conforme á las cuales ha trabajado el hábil arquitecto.

Ahora bien, en lo que precede se habrá notado sin duda el empleo del número diez y del número doce. Pero, ¿cómo es posible no fijarse en la repetición constante del número siete? La estructura del cristiano parece estar fundada en gran parte sobre este número. Si son doce los artículos del Símbolo, doce los frutos del Espíritu Santo y diez los preceptos del decálogo, siete son los sacramentos, siete las virtudes madres, siete las peticiones del Padre Nuestro, siete los dones del Espíritu Santo, siete las bienaventuranzas, siete los pecados capitales, siete las obras de misericordia corporales, y siete las obras de misericordia espirituales.

Sería un error creer que este número es arbitrario. La sabiduría infinita ha presidido á la formación del mundo espiritual, con más cuidado, si esto fuera posible, que á la creación del mundo físico. Y si este número no es arbitrario, si no puede serlo, ¿cuál es su significación misteriosa? ¿Por qué aparece con tanta frecuencia en la obra más digna de Dios? Para responder, es necesario dedicar algunas palabras á la ciencia de los números sagrados y al número siete en particular.

No es una digresión este estudio. ¿No debemos seguir al Espíritu Santo en sus caminos y hacer que se admiren los cálculos del adorable obrero, que ha hecho todas las cosas con medida, número y peso (1)? Además, hoy que el materialismo no ve en los números otra cosa que cifras, ¿no será á propósito recordar, cuando menos á la ligera, una ciencia familiar á los primeros cristianos, filosófica entre todas, rica en profundos puntos de vista y resplandeciente en magníficas armonías?

1. Omnia en mensura, et numero, et pondere disposuisti. Sap., XI, 21.

CAPITULO XXII.

LOS NÚMEROS.

SUMARIO.—Importancia y dignidad de la ciencia de los números. — Sin el número, el universo sería el caos y el hombre un bruto.— Dios y el hombre lo hacen todo con número.— Los números son las leyes del orden universal, las proporciones geométricas según las cuales y en las cuales todo ha sido hecho.— Los números sagrados.— Principales números sagrados.— El número tres, sus significaciones.— Su empleo en el orden físico y en el orden moral.— El número cuatro, su significación y su empleo.— Sus múltiplos doce y cuarenta.— Las grandes verdades que enseña.

La ciencia de los números, que no se debe confundir con el arte del cálculo, no es una ciencia imaginaria. ¿Quién osaría calificar así una ciencia que ha sido, desde la más remota antigüedad, objeto del estudio y de la admiración de los verdaderos filósofos? Uno de los ingenios más grandes que han existido en el mundo, San Agustín, la cultivaba con una especie de pasión. Para él esta misma afición era el termómetro del saber y la señal del talento. A medida, dice, que el hombre sabio y el hombre de estudio se desprenden de lo material que los rodea, ven claramente el número y la sabiduría, y aman más al uno y á la otra. (1)

Estas palabras del ilustre doctor significan que, á los ojos del ingenio depurado, los números, constituyendo la

1. Docti et studiosi, quanto remotiores sunt á lab. terrena, tanto magis et numerum et sapientiam in ipsa veritate conueniunt et utrumque carum habent. De lib. arbitr., lib. II, c. xi, n. 31. 32.